

➤ *La imagen de la viña. La vid (Jesucristo) y los sarmientos (discípulos). En el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Jesús la usa para revelar algunos aspectos del Reino de Dios. El Concilio Vaticano II vuelve a presentar la imagen de la vid y de los sarmientos para iluminar el misterio de la Iglesia. La misteriosa unidad de sus discípulos con El y entre sí: un solo Cuerpo en Cristo. La santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero. El brotar y el expandirse de los sarmientos depende de su inserción en la vid. Los cristianos no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid.*

❖ *Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en el Iglesia y en el mundo, 30 de diciembre de 1988*

○ **La imagen de la viña en el Antiguo Testamento, en Jesús, en el Concilio Vaticano II.**

**n. 8 - El misterio de la viña**

8. La imagen de la viña se usa en la Biblia de muchas maneras y con significados diversos; de modo particular, sirve para expresar *el misterio del Pueblo de Dios*. Desde este punto de vista más interior, los fieles laicos no son simplemente los obreros que trabajan en la viña, sino que forman parte de la viña misma: "Yo soy la vid; vosotros los sarmientos" (*Jn. 15, 5*), dice Jesús.

Ya en el Antiguo Testamento los profetas recurrieron a la imagen de la viña para hablar del pueblo elegido. Israel es la viña de Dios, la obra del Señor, la alegría de su corazón: "Yo te había plantado de la cepa selecta" (*Jr. 2, 21*); "Tu madre era como una vid plantada a orillas de las aguas. Era lozana y frondosa, por la abundancia de agua (...)" (*Ez. 19, 10*); "Una viña tenía mi amado en una fértil colina. La cavó y despedregó, y la plantó de cepa exquisita (...)" (*Is. 5, 1-2*).

Jesús retoma el símbolo de la viña y lo usa para revelar algunos aspectos del Reino de Dios: "Un hombre plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó un lagar, edificó una torre; la arrendó a unos viñadores y se marchó lejos" (*Mc. 12, 1*; cf. *Mt. 21, 28 ss.*).

El evangelista Juan nos invita a calar en profundidad y nos lleva a descubrir *el misterio de la viña*. Ella es el símbolo y la figura, no sólo del Pueblo de Dios, sino de *Jesús mismo*. El es la vid y nosotros, sus discípulos, somos los sarmientos; El es la "vid verdadera" a la que los sarmientos están vitalmente unidos (cf. *Jn. 15, 1 ss.*).

El Concilio Vaticano II, haciendo referencia a las diversas imágenes bíblicas que iluminan el misterio de la Iglesia, vuelve a presentar la imagen de la vid y de los sarmientos: "Cristo es la verdadera vid, que comunica vida y fecundidad a los sarmientos, que somos nosotros, que permanecemos en El por medio de la Iglesia, y sin El nada podemos hacer (*Jn. 15, 1-5*)"<sup>[12]</sup>. La Iglesia misma es, por tanto, la viña evangélica. Es *misterio* porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. *Jn. 3, 5*), llamados a revivir la misma *comunidad* de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (*misión*): "Aquel día -dice Jesús- comprenderéis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros" (*Jn. 14, 20*).

Sólo *dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la "identidad" de los fieles laicos*, su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se pueden definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo.

<sup>[12]</sup> Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 6.

○ **La misteriosa unidad de sus discípulos con El y entre sí. Un solo cuerpo en Cristo.**

**12 - Un solo cuerpo en Cristo**

12. Regenerados como "hijos en el Hijo", los bautizados son inseparablemente *"miembros de Cristo y miembros del cuerpo de la Iglesia"*, como enseña el Concilio de Florencia<sup>[17]</sup>.

El Bautismo significa y produce una incorporación mística pero real al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús. Mediante este sacramento, Jesús une al bautizado con su muerte para unirlo a su resurrección (cf. *Rm.* 6, 3-5); lo despoja del "hombre viejo" y lo reviste del "hombre nuevo", es decir, de Sí mismo: "Todos los que habéis sido bautizados en Cristo -proclama el apóstol Pablo- os habéis revestido de Cristo" (*Ga.* 3, 27; cf. *Ef.* 4, 22-24; *Col.* 3, 9-10). De ello resulta que "nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo" (*Rm.* 12, 5).

Volvemos a encontrar en las palabras de Pablo el eco fiel de las enseñanzas del mismo Jesús, que nos ha revelado la *misteriosa unidad de sus discípulos con El y entre sí*, presentándola como imagen y prolongación de aquella arcana comunión que liga el Padre al Hijo y el Hijo al Padre en el vínculo amoroso del Espíritu (cf. *Jn.* 17, 21). Es la misma unidad de la que habla Jesús con la imagen de la vid y de los sarmientos: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (*Jn.* 15, 5); imagen que da luz no sólo para comprender la profunda intimidad de los discípulos con Jesús, sino también la comunión vital de los discípulos entre sí: todos son sarmientos de la única Vid.

[17] Conc. Ecum. Florentino, *Dec. pro Armeniis*, DS 1314.

- o **La santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero. El brotar y el expandirse de los sarmientos depende de su inserción en la vid.**

### **17 - Santificarse en el mundo**

17. La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su *inserción en las realidades temporales* y en su *participación en las actividades terrenas*. De nuevo el apóstol nos amonesta diciendo: "Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre" (*Col.* 3, 17). Refiriendo estas palabras del apóstol a los fieles laicos, el Concilio afirma categóricamente: "Ni la atención de la familia, ni los otros deberes seculares deben ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida"[45]. A su vez los Padres sinodales han dicho: "La unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, deben santificarse en la vida profesional y social ordinaria. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo"[46].

Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye una *componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal*, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad. Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está *ligada íntimamente a la misión* y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. En efecto, la misma santidad vivida, que deriva de la participación en la vida de santidad de la Iglesia, representa ya la aportación primera y fundamental a la edificación de la misma Iglesia en cuanto "Comunión de los Santos". Ante la mirada iluminada por la fe se descubre un grandioso panorama: el de tantos y tantos fieles laicos -a menudo inadvertidos o incluso incomprendidos; desconocidos por los grandes de la tierra, pero mirados con amor por el Padre-, hombres y mujeres que, precisamente en la vida y actividades de cada jornada, son los obreros incansables que trabajan en la viña del Señor; son los humildes y grandes artífices -por la potencia de la gracia de Dios, ciertamente- del crecimiento del Reino de Dios en la historia.

Además se ha de decir que la santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia. La santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero. Sólo en la medida en que la Iglesia, Esposa de Cristo, se deja amar por El y Le corresponde, llega a ser una Madre llena de fecundidad en el Espíritu.

Volvamos de nuevo a la imagen bíblica: el brotar y el expandirse de los sarmientos depende de su inserción en la vid. "Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada" (*Jn.* 15, 4-5).

Es natural recordar aquí la solemne proclamación de algunos fieles laicos, hombres y mujeres, como beatos y santos, durante el mes en el que se celebró el Sínodo. Todo el Pueblo de Dios, y los fieles laicos en particular, pueden encontrar ahora nuevos modelos de santidad y nuevos testimonios de virtudes heroicas vividas en las condiciones comunes y ordinarias de la existencia humana. Como han dicho los Padres sinodales: "Las Iglesias locales, y sobre todo las llamadas Iglesias jóvenes, deben reconocer atentamente entre los propios miembros, aquellos hombres y mujeres que ofrecieron en estas condiciones (las condiciones ordinarias de vida en el mundo y el estado conyugal) el testimonio de una vida santa, y que pueden ser ejemplo para los demás, con objeto de que, si se diera el caso, los propongan para la beatificación y canonización"[47].

Al final de estas reflexiones, dirigidas a definir la condición eclesial del fiel laico, retorna a la mente la célebre exhortación de San León Magno: "*Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam*"[48]. Es la misma admonición que San Máximo, Obispo de Turín, dirigió a quienes habían recibido la unción del santo Bautismo: "[exclamdown]Considerad el honor que se os hace en este misterio!"[49]. Todos los bautizados están invitados a escuchar de nuevo estas palabras de San Agustín: "[exclamdown]Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo (...). Pasmaos y alegraos: hemos sido hechos Cristo!"[50].

La dignidad cristiana, fuente de la igualdad de todos los miembros de la Iglesia, garantiza y promueve el espíritu de comunión y de fraternidad y, al mismo tiempo, se convierte en el secreto y la fuerza del dinamismo apostólico y misionero de los fieles laicos. Es una *dignidad exigente*; es la dignidad de los obreros llamados por el Señor a trabajar en su viña. "Grava sobre todos los laicos -leemos en el Concilio- la gloriosa carga de trabajar para que el designio divino de salvación alcance cada día más a todos los hombres de todos los tiempos y de toda la tierra"[51].

[45] Con. Ecum. Vat. II, Dec. sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*, 4.

[46] *Propositio* 5.

[47] *Propositio* 8.

[48] San León Magno, *Sermo XXI*, 3: *S. Ch.* 22 bis, 72.

[49] San Máximo, *Tract. III de Baptismo*: PL 57, 779.

[50] San Agustín, *In Ioann. Evang. tract.*, 21, 8: CCL 36, 216.

[51] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 33.

- **Los cristianos no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid.**

## **18** - El misterio de la Iglesia-comunión

**18.** Oigamos de nuevo las palabras de Jesús: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador (...). *Permaneced en mí, y yo en vosotros*" (*Jn.* 15, 1-4).

Con estas sencillas palabras nos es revelada la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos, a Cristo con los bautizados; una comunión viva y vivificante, por la cual los cristianos ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid.

La comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo: los cristianos se unen al Padre al unirse al Hijo en el vínculo amoroso del Espíritu.

Jesús continúa: "*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos*" (*Jn.* 15, 5). La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única Vid, que es Cristo. El Señor Jesús nos indica que esta comunión fraterna es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por ella Jesús pide: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn.* 17, 21).

*Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia*, como lo recuerda el Concilio Vaticano II, con la célebre expresión de San Cipriano: "La Iglesia universal se presenta como "un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"[52]. Al inicio de la celebración eucarística, cuando el sacerdote nos acoge con el saludo del apóstol Pablo: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del

Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros" (2 Co. 13, 13), se nos recuerda habitualmente este misterio de la Iglesia-Comunión.

Después de haber delineado la "figura" de los fieles laicos en el marco de la dignidad que les es propia, debemos reflexionar ahora sobre su misión y responsabilidad en la Iglesia y en el mundo. Sin embargo, sólo podremos comprenderlas adecuadamente si nos situamos en el contexto vivo de la Iglesia-Comunión.

[52] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 4.

- **El gran don de la comunión eclesial es reflejo en el tiempo de la eterna e inefable comunión de amor de Dios Uno y Trino.**
  - **Todos, Pastores y fieles, estamos obligados a favorecer y alimentar continuamente vínculos y relaciones fraternas de estima, cordialidad y colaboración entre las diversas formas asociativas de los laicos.**

### **31** - El servicio de los Pastores a la comunión

31. Los Padres en la Iglesia no pueden renunciar al servicio de su autoridad, incluso ante posibles y comprensibles dificultades de algunas formas asociativas y ante el afianzamiento de otras nuevas, no sólo por el bien de la Iglesia, sino además por el bien de las mismas asociaciones laicales. Así, habrán de acompañar la labor de discernimiento con la guía y, sobre todo, con el estímulo a un crecimiento de las asociaciones de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia.

Es del todo oportuno que algunas nuevas asociaciones y movimientos, por su difusión nacional e incluso internacional, tengan a bien recibir un *reconocimiento oficial*, una aprobación explícita de la autoridad eclesiástica competente. El Concilio ya había afirmado lo siguiente en este sentido: "El apostolado de los laicos admite varios tipos de relaciones con la Jerarquía, según las diferentes formas y objetos de dicho apostolado (...). La Jerarquía reconoce explícitamente, de distintas maneras, algunas formas de apostolado laical. Puede, además, la autoridad eclesiástica, por exigencias del bien común de la Iglesia, elegir de entre las asociaciones y obras apostólicas que tienden inmediatamente a un fin espiritual, algunas de ellas, y promoverlas de modo peculiar, asumiendo respecto de ellas una responsabilidad especial"[116].

Entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen una particular relación con la Jerarquía, los Padres sinodales han recordado explícitamente diversos movimientos y asociaciones de *Acción Católica*, en los cuales "los laicos se asocian libremente de modo orgánico y estable, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el Obispo y con los sacerdotes, para poder servir, con fidelidad y laboriosidad, según el modo que es propio a su vocación y con un método particular, al incremento de toda la comunidad cristiana, a los proyectos pastorales y a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida"[117].

El Pontificio Consejo para los Laicos está encargado de preparar un elenco de las asociaciones que tienen la aprobación oficial de la Santa Sede, y de definir, juntamente con el Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos, las condiciones en base a las cuales puede ser aprobada una asociación ecuménica con mayoría católica y minoría no católica, estableciendo también los casos en los que no podrá llegarse a un juicio positivo[118].

Todos, Pastores y fieles, estamos obligados a favorecer y alimentar continuamente vínculos y relaciones fraternas de estima, cordialidad y colaboración entre las diversas formas asociativas de los laicos. Solamente así las riquezas de los dones y carismas que el Señor nos ofrece puede dar su fecunda y armónica contribución a la edificación de la casa común. "Para edificar solidariamente la casa común es necesario, además, que sea depuesto todo espíritu de antagonismo y de contienda y que se compita más bien en la estimación mutua (cf. Rm. 12, 10), en el adelantarse en el recíproco afecto y en la voluntad de colaborar, con la paciencia, la clarividencia y la disponibilidad al sacrificio que ésto a veces pueda comportar"[119].

Volvemos una vez más a las palabras de Jesús: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (Jn. 15, 5), para dar gracias a Dios por el gran don de la comunión eclesial, reflejo en el tiempo de la eterna e inefable comunión de amor de Dios Uno y Trino. La conciencia de este don debe ir acompañada de un fuerte sentido de *responsabilidad*. Es, en efecto, un don que, como el talento evangélico, exige ser negociado en una vida de creciente comunión.

Ser responsables del don de la comunión significa, antes que nada, estar decididos a vencer toda tentación de división y de contraposición que insidie la vida y el empeño apostólico de los cristianos. El lamento de dolor y de desconcierto del apóstol Pablo: «Me refiero a que cada uno de vosotros dice:

[exclamdown]"Yo soy de Pablo", "yo en cambio de Apolo", "yo de Cefas", "yo de Cristo"! ¿Está acaso dividido Cristo?» (1 Co. 1, 12-13), continúa oyéndose hoy como reproche por las "laceraciones al Cuerpo de Cristo". Resuenen, en cambio, como persuasiva llamada, estas otras palabras del apóstol: "Os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos un mismo sentir, y no haya entre vosotros disensiones; antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir" (1 Co. 1, 10).

*La vida de comunión eclesial será un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo. La comunión se abre a la misión, haciéndose ella misma misión.*

La vida de comunión eclesial será así un *signo* para el mundo y una *fuerza* atractiva que conduce a creer en Cristo: "Como tú Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn. 17, 21). De este modo la comunión se abre a la *misión*, haciéndose ella misma *misión*.

[116] *Ibid.*, 24.

[117] *Propositio* 13.

[118] Cf. *Propositio* 15.

[119] Juan Pablo II, Discurso al Convenio de la Iglesia italiana en Loreto (10 Abril 1985): AAS 77 (1985) 964.

- **La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenentran y se implican mutuamente Dar fruto es una exigencia esencial de la vida cristiana y eclesial. El que no da fruto no permanece en la comunión: "Todo sarmiento que en mí no da fruto, (mi Padre) lo corta" (Jn. 15, 2).**

### **32 – Comunión misionera**

32. Volvamos una vez más a la imagen bíblica de la vid y los sarmientos. Ella nos introduce, de modo inmediato y natural, a la consideración de la fecundidad y de la vida. Enraizados y vivificados por la vid, los sarmientos son llamados a dar fruto: "Yo soy la vid, vosotros, los sarmientos. *El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto*" (Jn. 15, 5). Dar fruto es una exigencia esencial de la vida cristiana y eclesial. El que no da fruto no permanece en la comunión: "Todo sarmiento que en mí no da fruto, (mi Padre) lo corta" (Jn. 15, 2).

La comunión con Jesús, de la cual deriva la comunión de los cristianos entre sí, es condición absolutamente indispensable para dar fruto: "Separados de mí no podéis hacer nada" (Jn. 15, 5). Y la comunión con los otros es el fruto más hermoso que los sarmientos pueden dar: es don de Cristo y de su Espíritu.

Ahora bien, *la comunión genera comunión*, y esencialmente se configura como *comunión misionera*. En efecto, Jesús dice a sus discípulos: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y *os he destinado a que vayáis y deis fruto*, y vuestro fruto permanezca" (Jn. 15, 16).

La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenentran y se implican mutuamente, hasta tal punto que *la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión*. Siempre es el único e idéntico Espíritu el que convoca y une la Iglesia y el que la envía a predicar el Evangelio "hasta los confines de la tierra" (Hch. 1, 8). Por su parte, la Iglesia sabe que la comunión, que le ha sido entregada como don, tiene una destinación universal. De esta manera la Iglesia se siente deudora, respecto de la humanidad entera y de cada hombre, del don recibido del Espíritu que derrama en los corazones de los creyentes la caridad de Jesucristo, fuerza prodigiosa de cohesión interna y, a la vez, de expansión externa. La misión de la Iglesia deriva de su misma naturaleza, tal como Cristo la ha querido: la de ser "signo e instrumento (...) de unidad de todo el género humano"[120]. Tal misión tiene como finalidad dar a conocer a todos y llevarles a vivir la "nueva" comunión que en el Hijo de Dios hecho hombre ha entrado en la historia del mundo. En tal sentido, el testimonio del evangelista Juan define -y ahora de modo irrevocable- ese fin que llena de gozo, y al que se dirige la entera

misión de la Iglesia: "Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (1 Jn. 1, 3).

En el contexto de la misión de la Iglesia *el Señor confía a los fieles laicos, en comunión con todos los demás miembros del Pueblo de Dios, una gran parte de responsabilidad*. Los Padres del Concilio Vaticano II eran plenamente conscientes de esta realidad: "Los sagrados Pastores saben muy bien cuánto contribuyen los laicos al bien de toda la Iglesia. Saben que no han sido constituidos por Cristo para asumir ellos solos toda la misión de salvación que la Iglesia ha recibido con respecto al mundo, sino que su magnífico encargo consiste en apacentar los fieles y reconocer sus servicios y carismas, de modo que todos, en la medida de sus posibilidades, cooperen de manera concorde en la obra común"[121]. Esa misma convicción se ha hecho después presente, con renovada claridad y acrecentado vigor, en todos los trabajos del Sínodo.

[120] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 1.

[121] *Ibid.*, 30.

- o **La imagen evangélica de la vid y los sarmientos nos revela otro aspecto fundamental de la vida y de la misión de los fieles laicos: *La llamada a crecer, a madurar continuamente, a dar siempre más fruto.***

### **57 – Madurar continuamente**

57. La imagen evangélica de la vid y los sarmientos nos revela otro aspecto fundamental de la vida y de la misión de los fieles laicos: *La llamada a crecer, a madurar continuamente, a dar siempre más fruto.*

Como diligente viñador, el Padre cuida de su viña. La presencia solícita de Dios es invocada ardientemente por Israel, que reza así: "[exclamdown]Oh Dios Sebaot, vuélvete ya, / desde los cielos mira y ve, / visita esta viña, cuidala, / a ella, la que plantó tu diestra" (*Sal.* 80, 15-16). El mismo Jesús habla del trabajo del Padre: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto" (*Jn.* 15, 1-2).

La vitalidad de los sarmientos está unida a su permanecer radicados en la vid, que es Jesucristo: "*El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada*" (*Jn.* 15, 5).

El hombre es interpelado en su libertad por la llamada de Dios a crecer, a madurar, a dar fruto. No puede dejar de responder; no puede dejar de asumir su personal responsabilidad. A esta responsabilidad, tremenda y enaltecedora, aluden las palabras graves de Jesús: "Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego lo recogen, lo echan al fuego y lo queman" (*Jn.* 15, 6).

En este diálogo entre Dios que llama y la persona interpelada en su responsabilidad se sitúa la posibilidad -es más, la necesidad- de una formación integral y permanente de los fieles laicos, a la que los Padres sinodales han reservado justamente una buena parte de su trabajo. En concreto, después de haber descrito la formación cristiana como "un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo", han afirmado claramente que "la formación de los fieles laicos se ha de colocar *entre las prioridades de la diócesis* y se ha de incluir *en los programas de acción pastoral* de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, laicos y religiosos) concurren a este fin"[209].

[209] *Propositio* 40.

[www.parroquiasantamonica.com](http://www.parroquiasantamonica.com)

**Vida Cristiana**